

Sobre la crítica.

Algunas exploraciones.

En 1958, una crítica firmada por Mario Benedetti en el semanario *Marcha*, recogía el guante a propósito del mensaje poco encubierto que Estévez, un personaje del cuento “Los altos pinos” de Giselda Zani, enviaba a los críticos literarios locales. El texto de Benedetti, a propósito del libro que contiene tal relato, *Por vínculos sutiles* (un volumen de literatura fantástica ganador del premio de la editorial Emecé en 1958), llevaba por título, con evidente elocuencia: “Combate y fantasía en Giselda Zani”. Ya el primer párrafo de la nota anuncia lo siguiente:

“Aunque no lo parezca por sus temas, por su estilo o su dedicatoria, éste de Giselda Zani es un libro combativo. Dos páginas antes de terminar el último relato, el lector se encuentra con que uno de los personajes se apea por un instante del riguroso argumento y, sin decir agua va, arremete contra los críticos uruguayos, a quienes acusa de falibles y puritanos, y, algunas líneas más abajo, de desenfadados cultores de la coima, el contrabando, la adulonería y el nepotismo”.

Desde luego, el alcance reflexivo de la crítica durante los años del semanario *Marcha*, donde tuvo lugar esta crítica, al igual que el tenor de las opiniones de aquellos jóvenes que conformaron la Generación crítica, excede en mucho el episodio que acabo de referir, basta recordar el duelo de pluma y papel entre Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama, esos dos “intelectuales faro” en la terminología de Bourdieu. Pero la anécdota, de todos modos, y no exenta de cierta jocosidad a la distancia, le toma el pulso a una suerte de “era dorada” de la crítica en los medios de prensa locales, una época donde, de algún modo, la crítica era *cosa seria*. Y no es que hoy no lo siga siendo, no es que hoy los críticos locales ejerzan su oficio de modo irresponsable o poco serio –y para ratificar esta afirmación basta recorrer las páginas de algunos espacios donde aún se ejerce la crítica, tales como *Brecha* o *El País Cultural*-, pero el lugar o el valor social atribuido a la crítica, posiblemente, ya no cotice en bolsa como antaño. Las razones de esa sospecha recaen, en buena

medida, en el propio contexto socio cultural, tan distinto de aquel Uruguay casi mítico del que pocos guardan memoria. Tal como observa Pablo Rocca en su libro *Angel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil, dos caras de un proyecto latinoamericano*, los años cuarenta y cincuenta, son tiempos de profunda construcción, literal y metafórica, en el campo cultural local. Son los años de creación de la Facultad de Humanidades, el Instituto de Profesores Artigas, Cine Arte del Sodre, de la Comedia Nacional, entre otros. A la luz de este dinamismo, entonces, se va consolidando una clase media que participa activamente de la vida cultural y en tanto tal, un público más formado, exigente, interesado en el comentario crítico de la película o la obra de teatro que irá a ver esa misma noche, o del libro que piensa regalarse a fin de mes. Hoy, en cambio, en un país amenazado por la fractura social, donde la interacción de los distintos sectores sociales en aquella *esfera pública* definida por Habermas -espacio de acción por antonomasia de la crítica periodística-, es casi un recuerdo, cabe preguntarse: ¿a quién le importa hoy la crítica? ¿Quién lee a los críticos de las cada vez más exiguas páginas destinadas al periodismo cultural? Y esa es una pregunta pertinente. Quien hoy recorra las páginas de Espectáculos de diarios locales, poco o nada podría intuir que en esa misma sección de un matutino local, pero cincuenta años antes, su editor jefe, Emir Rodríguez Monegal, mantuvo uno de los tiroteos intelectuales más apasionantes de nuestras letras de molde con su par del semanario *Marcha*, Ángel Rama, a propósito de *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier. El vocablo *espectáculos*, aquí, parece haber resignificado su sentido, o al menos, cambiado de rumbo, si se tiene en cuenta la merma de críticas de cine, teatro o artes plásticas a favor del comentario sobre el mundo de la farándula u otros aspectos alejados del arte.

Desde siempre, vale decir, las páginas de Cultura han peleado por su espacio en el medio (y esto me recuerda aquel viejo reclamo de Alsina Thevenet por la merma de páginas que *El País Cultural* experimentó en su momento, de 16 a 12, situación ante la cual el chiste era algo así como “El País Cultural, segundo siempre”). Tal como señala Jorge Rivera en su libro *El periodismo cultural*, no

estando las páginas de cultura tan atadas a la noticia estricta y por lo tanto, no tan cercanas al “interés del lector”, no llenando nunca, por cierto, las portadas de la publicación, su existencia no ha estado exenta, muchas veces, de cuestionamiento, o al menos, de cierta indiferencia. Sin embargo, nadie podría contravenir el prestigio que estas páginas supusieron o suponen, aún y por ejemplo, en semanarios tan marcadamente políticos como *Marcha* o *Brecha*. No obstante esa apreciación, esa indiferencia tiene también su correlato en la propia situación profesional del periodista cultural o del crítico, quien generalmente trabaja como *free lance*, no suele pertenecer al personal estable de planta o se ubica en una situación intermedia, y percibiendo una remuneración que, salvo casos puntuales, no es buena ni acorde al trabajo realizado. De todos modos, más allá de estos síntomas, no todo el escenario es oscuro, y nuevos espacios para la cultura han surgido en los últimos tiempos, tal el caso de *la diaria* o revista *Dossier*, sólo por citar algunos casos de mayor presencia. Un capítulo aparte que no abordarán estas líneas es la proliferación de blogs sobre crítica o comentario de libros.

Pero nos preguntábamos quien lee crítica hoy, y esa sospecha puede ser tramposa. Para el crítico, muchas veces, existe la percepción de que su trabajo apenas es leído más allá de un pequeño círculo. Sin embargo, y aunque parezca una ingenuidad comentarlo, los escritores sí están al pendiente del comentario sobre su libro, preguntan si llegó o no a la redacción, se inquietan, aceptan o cuestionan una crítica negativa y no ha faltado ocasión, en tal sentido, para que crítico y autor intercambien puntos de vista sobre una obra determinada desde las páginas de un mismo medio (ver polémica entre Ignacio Bajter y Roberto Echavarren en *Brecha*).

Más allá de estas observaciones, bien vale recordar que, al momento de hacer crítica, el único destinatario que debe importar es el lector. Ahora bien, qué lector? Por un lado, escribir en un medio de prensa masiva implica pensar en un dudoso público general, un lector genérico que puede o no tener oficio o profesión, pero en todos los casos, no necesariamente conocimientos específicos en Literatura o Artes plásticas y en ese sentido, evitar jerga demasiado técnica es casi la norma.

Por otro lado, también es posible sospechar que quienes frecuentan esas páginas tengan una cierta inquietud o formación por los temas tratados, pero aún en esos casos, no hay razón alguna para abusar de tecnicismos o de un lenguaje críptico.

Hablamos de lector entonces, y hablamos de la *esfera pública* como el habitat natural de la crítica y eso nos remite, directamente, a Terry Eagleton en su libro, *La función de la crítica*. Hija dilecta de la Ilustración, sostiene Eagleton, la crítica nace como una reacción al estado absolutista, una forma de oposición al autoritarismo a través de la argumentación lógica y a instancias de una *esfera pública* definida por Habermas, cada vez más preponderante. La crítica, entonces, se ve a sí misma como una herramienta “civilizatoria”, cuyo objetivo es la formación de opinión para cuestionar a los poderosos. Esta idea, de algún modo, está estrechamente ligada con una noción que perduró hasta no demasiado tiempo atrás: la de una misión pedagógica de la crítica y de la prensa en su conjunto, basta recordar aquel artículo del año 1933 del maestro y periodista Julio Castro, que precisamente lleva por título “El valor pedagógico de la prensa”. Hoy, seguramente, pocos críticos se vean a sí mismos desempeñando un rol de tamaña autoridad, más allá del carácter orientador que pueda tener su oficio. Pero decíamos que en esa floreciente *esfera pública* que provee la interacción social, la crítica es, de acuerdo a Benedetti en *El ejercicio del criterio*: “*el aparato circulatorio, la corriente que lleva y trae la vida (sin ser la vida misma), que lleva y trae el arte (sin ser el arte mismo). En este campo tan problemático e indefinible de la cultura, la crítica tanto afecta al creador como al intérprete, al público como al crítico; es decir que, mal que bien, nos comunica a todos con todos.*” A su vez, en el libro *Literatura, cultura y sociedad en América Latina*, Rama sostiene que “*La crítica es un servicio público. No va dirigida a los autores, ni a los círculos, ni mucho menos promueve al emisor. Se formula para el público y se pone a su servicio como otras muchas actividades.*” En tales circunstancias, el crítico, entonces, “*se define como un comunicador y se encuentra en directa relación con el público al cual se dirige dentro de un restricto tiempo presente. El crítico actúa en este tiempo, su mensaje obra sobre este lector concreto a quien debe persuadir de las excelencias de un libro o un cuadro.*” El vocablo “comunicador” es aquí, como aquel *spunctum* de Barthes que guía la mirada sobre

una foto o pintura, un término clave en mi lectura del pasaje. Entiendo la crítica, entonces, como un acto de comunicación en el cual, tomando las palabras del escritor César Antonio Molina, debo *“informar, explicar, valorar y orientar al lector. Todo ello realizado en un limitadísimo espacio.”* Un limitadísimo espacio, ése, que permite en unos pocos párrafos reflexionar y acercar al lector una obra a la cual, quizás, no tenga nunca acceso. Vale preguntarse, si no, cuántas veces hemos leído una crítica no necesariamente porque nos interesara más tarde ver el film o la obra de teatro en cuestión, sino porque disfrutamos, simplemente, de su lectura o porque nos aportó información. Remito nuevamente a Jorge B. Rivera cuando observa que *“ejercida por especialistas o por neófitos de buena voluntad, la crítica de revistas o periódicos ha sido desde el siglo pasado, en sus diferentes vertientes, la gran fuente de aprovisionamiento de saberes y valorizaciones literarias para un público ajeno a las disciplinas específicas de la formación académica”*. Es, en todo caso, una de las curiosidades de la crítica: ser un texto que habla de otro texto, pero que, de algún modo, tiene vida independiente de ese otro que motivó su creación.

Llegados a este punto, y a la hora de establecer posibles tradiciones o genealogías, la crítica en los medios masivos ha tenido en Uruguay una envidiable tradición que encuentra uno de sus puntos culminantes, ya se ha dicho, en *Marcha*, si bien no todo comienza allí. Podríamos incluso, hablar de genealogías, alguna bastante clara, por ejemplo en la crítica cinematográfica que tiene como padres, de algún modo, a José María Podestá y Arturo Despouey, éste último, maestro directo de Alsina Thevenet en *Cine Radio Actualidad*. Un Alsina quien, años más tarde, junto a Rodríguez Monegal, Rama, Benedetti, Alfaro y tantos otros nombres ya referenciales, *“bregaron por algunos postulados importantes, entre los cuales figuraron la independencia de criterio, una documentación adecuada, severos padrones de juicio, prescindencia de la amistad personal en cuanto se relaciona con la objetividad de las opiniones, etc.”* (Benedetti, 1981). Basta, para corroborar este pasaje, repasar los principios rectores que Alsina impuso en la revista *Film* en el año 1952. Entre otros aspectos, *Film* se comprometía a *“estar al alcance de todo lector, y no solamente del entendido (...) opinar con independencia de intereses comerciales, de relaciones personales y*

de vanidades nativas”, “tratar con respeto los prejuicios estéticos ajenos, y sin amor los propios (...) publicar las cartas interesantes aunque sean adversas; mirar con desagrado las cartas anónimas aunque sean elogiosas; no discutir sobre opiniones fuera del estricto interés del público”. En cuanto a la búsqueda de objetividad, en este otro pasaje de *Film*, Alsina arremete contra el crítico que exagera su presencia en el texto advirtiéndole que: *“En algunos casos especialmente graciosos, el cronista llega a documentar su alma pero deja al lector en la duda sobre la nacionalidad, la fecha, el director, el tema, los antecedentes y la calidad del film.”* Muchos años después, quienes pasaron por la redacción de *El País Cultural*, supieron cuán férrea seguía siendo esa resistencia de Alsina desde aquellos lejanos años cincuenta.

Ahora bien, volviendo a nuestros días, mucho se habla de una supuesta crisis de la crítica que quizás tenga, en este pasaje de Mario Vargas Llosa publicado en *El País de Madrid* en 1998, su costado más agorero: *“La crítica literaria se ha ido bifurcando en dos ramas que, aunque formalmente distintas, exhiben una idéntica vacuidad: una, académica, pseudocientífica, pretenciosa y a menudo ilegible, escrita por charlatanes que se han distanciado del lector para convertirse cada vez más en una ciencia poco menos que esotérica, y la otra, periodística, más informativa pero ligera y efímera que, cuando no es una mera extensión publicitaria de las casas editoriales, suele servir a los críticos para quedar bien con los amigos o tomarse mezquinos desquites con sus enemigos.”* Vale en este punto, antes de analizar directamente los dichos del Nobel de Literatura, establecer algunas diferencias entre una y otra formas de crítica. En primer lugar, el criterio de elección del texto a analizar. En la crítica periodística se trabaja, básicamente, sobre la novedad editorial, Luego, las competencias del lector. En la crítica periodística, nos dirigimos (supuestamente) a un público amplio, no necesariamente erudito o entendido en los temas abordados. Y, finalmente, la extensión. Los artículos de crítica académica pueden insumir decenas de páginas, todo lo opuesto ocurre en la crítica periodística, siempre acotada a las limitaciones del espacio. Desde luego, ambos tipos de crítica, más que oponerse, se deberían complementar, ubicándose la periodística en la línea de fuego al ser la primera en establecer un juicio de valor sobre la obra recién editada, y siendo insumo de

investigación, muchas veces, para el trabajo posterior, más reposado, del crítico académico.

Pero refería, Vargas Llosa, a una crítica académica poco menos que “esotérica”, y de una crítica periodística “*que, cuando no es una mera extensión publicitaria de las casas editoriales, suele servir a los críticos para quedar bien con los amigos o tomarse mezquinos desquites con sus enemigos*”. Sobre el amiguismo y revanchismo aludido, bien podría decirse que tal acusación es tan vieja como la crítica misma, un campo que, como cualquier otra actividad humana, no está exenta de pasiones, de las buenas y de las malas, y le corresponderá, a cada crítico, lidiar con su conciencia para saber si ha tomado o no por el camino correcto.

Pero Vargas Llosa también acusa a la crítica de ser una “*mera extensión publicitaria de las casas editoriales*”, y arremete allí sobre otro asunto delicado que azota la labor del crítico en muchos medios actuales (no así, vale aclarar, en aquellos donde he trabajado). En mi experiencia personal, ni en *Brecha* ni en *El País Cultural* ha existido presión editorial alguna, ni con los poderosos grupos editoriales internacionales, ni con las más cercanas editoriales independientes. Un dato que colabora en ese sentido, es la ausencia de publicidad en tales páginas. Desde luego, esta situación seguramente no se replique en las grandes ciudades donde el poder editorial ejerce su peso, tales como Buenos Aires o Madrid, sólo por citar espacios de circulación editorial en lengua española. Quizás, sí, nuestra situación ventajosa sea la contracara de un hecho menos favorable: la menor circulación de libros que padece Montevideo en relación a esas metrópolis, algo que condiciona los criterios de selección de los libros para comentar.

Por último quisiera referir nuevamente a Jorge Rivera en el siguiente pasaje: “... *la crítica se ha equivocado por lo menos tantas veces como ha acertado. Los grandes críticos del siglo pasado apenas advirtieron las cualidades de escritores como Balzac, Stendhal, Dickens, Flaubert, Dostoievski, Baudelaire, etcétera, mientras elogiaban a autores hoy desconocidos. Pero quiénes, si no los críticos, construyeron en definitiva la posteridad*

de estos nombres?" Y es así como prefiero terminar estas líneas que, remedando a Marshall McLuhan, son "sondas" o "exploraciones" que lejos de toda conclusión, siembran la incertidumbre. La sospecha de una crítica que, aún frente a los pronósticos más agoreros, sigue recorriendo y construyendo su camino.

Ángeles Blanco

Bibliografía

BENEDETTI, Mario. "Combate y fantasía en Giselda Zani", en *Marcha*. Montevideo, 11 de abril de 1958.

BENEDETTI, Mario. *El ejercicio del criterio*. México D.F., Editorial Patria S. A., 1981.

EAGLETON, Terry. *La función de la crítica*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1999.

RAMA, Ángel. *Literatura, cultura y sociedad en América Latina*. Antología, prólogo y notas de Pablo Rocca. Montevideo, Trilce, 2006.

RIVERA, Jorge B. *El periodismo cultural*. Buenos Aires, Paidós, 1995.

ROCCA, Pablo. *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006.

Fuentes

ALSINA THEVENET, Homero. "Principio", en *Film* Nro. 1, Montevideo, marzo de 1952.